

Religiosidad y tolerancia: el ateísmo de Luis Cernuda en «La visita de Dios»

Eva Rocío Díaz Pinto, Estrella J. García Naranjo,
Manuel J. López Toscano
Dirección: María Estrella Naranjo Iglesias

*¡Dios ha muerto! ¡Y nosotros somos quienes le hemos dado muerte! ¿Cómo nos consolaremos, nosotros, asesinos entre los asesinos?*¹

Lejos de la visión cristiana de Dios (Dios amor que conoce, dirige y sabe de la vida humana y de sus sufrimientos) la visita que de Éste recibe Cernuda está caracterizada por su «divina indiferencia», por su inmutabilidad ante la angustia que produce en el hombre su propia realidad; es un dios que «tal y como viene se va», mucho más próximo a la idea que Unamuno deja patente en *San Manuel Bueno, Mártir* (dios-engaño para tener una buena existencia llevadera y feliz) que al Dios cristiano predicado por la Iglesia. Dios que no existe, dios que «de la memoria se borraría/ Como un sueño remoto de los hombres que fueron», dios que es, en definitiva el opio del pueblo de Karl Marx, el refugio y anhelo que necesita y tiene el hombre para soportar sus «tristes piedras», vida y sufrimientos.

Unamuno por boca de San Manuel Bueno, grita:

*¿La verdad? La verdad, Lázaro, es acaso algo terrible, algo intolerable, algo mortal; la gente sencilla no podría vivir sin ella. Y, ¿por qué me la deja entrever ahora aquí, como en confesión? — le dije. Y él: porque si no me atormentaría tanto, tanto, que terminaría gritándola en medio de la plaza, y eso jamás, jamás, jamás. Yo estoy para hacer vivir a las almas de mis feligreses, para hacerlos felices, para hacerlos que se sueñen inmortales y no para matarlos.*²

Estas palabras están en perfecta consonancia con lo que Cernuda, en primer y último término, revela en su *Visita de Dios*: la angustia de la vida humana, el hombre como ser que vive agobiado y que nace para morir, abocado a la muerte y a enfrentarse solo ante el mundo y su fugacidad. En esta soledad, tendrá que combatir con el absurdo de su existencia y con su realidad caduca; pero siente sin embargo, la necesidad de ser eterno e inmortal, y para su propio consuelo busca la mentira que no existe y que es para el «populacho»³ una ilusión que personalmente se forja el hombre.

En torno al pensamiento y filosofía de Nietzsche (la muerte de Dios y la exaltación de los impulsos vitales), Schopenhauer, para quien el mundo se movía impulsado por las fuerzas ciegas e irracionales, piensa que la verdad produce daño. Estos dos junto con Marx, transformadores todos del pensamiento moderno, son la última y más inmediata fuente de estos poema que refleja un tema característico en toda la obra de Cernuda:

¹ Nietzsche, Friedrich W. *El gay saber*. Madrid. Narcea:1973

² Unamuno, Miguel. *San Manuel Bueno, Mártir*. Madrid. Catedra: 1989.

³ Jiménez Hernández, Emiliano. *¿Dios? ¿Para qué?!* Bilbao. Biblioteca catecumenal: 1991.

*Pasada se halla ahora la mitad de mi vida.
El cuerpo sigue en pie y las voces aún giran
Y resuenan con encanto marchito en mis oídos,
Mas los días esbeltos ya se marcharon lejos;
Sólo recuerdos pálidos de su amor me han dejado*

La fugacidad de la vida, su caducidad, el tiempo efímero y devastador, son preocupaciones vitales del poeta de *La realidad y el deseo*. Realidad que pasa y que sólo dura un instante, frente al deseo y afán de eternidad, de inmortalidad, de ser «Dios». Esta realidad choca con «el muro y prisión» de la condición humana.

Él mismo afirmó esta preocupación por el tiempo en *Historial de un libro*: «Desde niño me atrajeron los viajes, y el espacio comenzó pronto a obsesionarme; el tiempo, mi otra obsesión, sería naturalmente más tardía»⁴.

Esta misma obsesión la manifiestan con mucha anterioridad grandes autores tanto en el ámbito hispánico como en el europeo; recordemos a Jorge Manrique gritar aquello de:

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar a la mar,
que es el morir.⁵

En *La visita de Dios*, esa fugacidad produce angustia en el hombre, ya que al hallarse en «la mitad de su vida», no tiene más remedio que «esperar en esta hora confusa/ Unas lágrimas que aviven mi cosecha». Al igual que al labrador cuando no le quedan esperanzas y ve «su trabajo perdido/Vuelve al cielo los ojos esperando la lluvia»; él, en estos momentos sin esperanza, pide a Dios un consuelo, una lluvia que le dé sentido a su vida.

El amor, una de las máximas en la vida de Cernuda, único momento de felicidad en la existencia, único instante por el cual merece la pena vivir, única justificación ante la muerte («Tú justificas mi existencia:/Si no te conozco, no he vivido;/si muero sin conocerte, no muero, porque no he vivido») ⁶. En este conflicto entre el deseo de amar y su imposibilidad real, es donde tenemos que situar «el hondo desaliento» del poeta y su búsqueda de consuelo, ya que ante su realidad «Vano sería dolerse del trabajo, la casa, los amigos perdidos/En aquel gran negocio demoníaco de la guerra». La Guerra Civil Española y su estancia en Glasgow son una de las causas de su reflexión existencial, razón por la que pide un «consuelo divino que vive su cosecha» en la «visita que Dios le hace» ⁷.

Es importante destacar la alusión a la «guerra», pues será una constante referencia en Cernuda durante su etapa de madurez. Como afirma Luis Antonio de Villena, *Las Nubes* es el libro de la «guerra» ⁸.

Con influencia de la poesía inglesa Cernuda encuentra un segundo choque existencial y abre una denuncia social al encontrarse en Glasgow, «en la ciudad alzada para su

⁴ Cernuda, Luis. «Historial de un libro». *Poesía y literatura*. I y II. (1975). Pag. 185

⁵ Jorge Manrique en *Coplas a la muerte de su padre*.

⁶ Cernuda en su poema *Si el hombre pudiera decir*. Algunos de estos versos recuerdan la hondura de los sonetos de Shakespeare, muy admirado por el poeta.

⁷ En Glasgow (Gran Bretaña) escribió Cernuda *La visita de Dios*. Esta ciudad determina el carácter del poema.

⁸ Introducción de Villena en su edición de *Las Nubes*. Madrid. Cátedra, 1990. Pág. 27.

orgullo para con el rico», sociedad industrial construida por el burgués, por el empresario capitalista, una ciudad de contraste donde la riqueza de unos pocos se opone a la miseria y explotación de la muchedumbre proletaria. Cernuda empieza entonces un ataque contra este sistema establecido, identificándose con la miseria proletaria; «Y mordiendo mis puños con tristeza imponente/Aún cuento mentalmente mis escasas monedas».

El espíritu rebelde que define la personalidad de Cernuda y su inconformismo no es un tema aislado en su poética:

Soñábamos algunos cuando niños, caídos
En una vasta hora de ocio solitario
Bajo la lámpara, ante las estampas de un libro,
Con la revolución. Y vimos su ala fúlgida
Plegar como una mies los cuerpos poderosos⁹.

En *La visita de Dios*, Cernuda, al encontrarse «sin tierra y sin amigo», también se solidariza con el resto de la humanidad adormecida «ante la espera de una revolución ardiente», («Por mi dolor comprendo que otros inmensos sufren/Hombres callados a quienes falta el ocio/Para arrojar al cielo su tormento.»). El poeta se encuentra en tierra ajena, al igual que aquellas gaviotas se hayan sin nido en medio del humo y la suciedad de la ciudad:

Lejos quedó su nido de los mares, mecido
por tormentas
de invierno, en la calma luminosa de los veranos
Ahora su queja va, como el grito de almas
en destierro.

Quien con alas las hizo el espacio les niega.¹⁰

El exilio y la soledad del poeta es también interior, personal y metafísico; él mismo se define como un hombre marginal. Este exilio se manifiesta tanto en los libros anteriores como en los posteriores a *Las Nubes*. En poemas como «Soliloquio del farero» o «La visita de Dios» no sólo se manifiestan el amor y la solidaridad con el resto de la humanidad, sino que además como en otros poemas («El César»), Cernuda se aparta del mundo y de los hombres detestándolos y experimentando voluntariamente la soledad:

Todo aquí en soledad, a solas
Como conciencia en alta noche,
Más libre de su angustia. Seguro
Estoy de que la faz humana, ya insoportable
Tiranía, no romperá esta magia.¹¹

Este exilio metafísico coincide con el exilio real y manifiesta el anhelo de un mundo mejor, de un cambio, de un mundo perfecto y mejor que el poeta a veces encontrará en la naturaleza.

En esta línea de inconformismo con la realidad y con su situación personal, el poeta de *La realidad y el deseo* ha acabado con el hilo y el sentido de su existencia. Ante el anhe-

⁹ De *Las Nubes*, «Lamento y esperanza». Madrid. Cátedra, 1990. Pág. 82-83.

¹⁰ Cernuda, Luis. «Gaviotas en los parques». *Las nubes*. Madrid. Cátedra: 1990

¹¹ Luis Cernuda en «El César», *Vivir sin estar viviendo*.

lo de cambio y de un mundo superior, Cernuda evoca «el inmenso bostezo de los siglos pasados», un tiempo y una tierra ideal que es la España anterior, la España del Siglo de Oro, de Garcilaso, de Fray Luis, de Góngora y Quevedo, aquella España aventurera que se lanzó a los mares a descubrir el nuevo mundo. La añoranza de una España pasada y de su tierra perdida está presente en versos de «El ruiseñor sobre la piedra», «Elegía española II» y «Elegía española I».

El tiempo, la otra obsesión de Cernuda, parece caracterizado según la idea Nietzscheana de un tiempo infinito, circular y de eterno retorno. En torno a la línea del hombre que sufre por el carácter efímero de su vida, por su inconformismo social y por su situación personal, es donde tenemos que situar el conflicto existencial de Cernuda que, «al hallarse a la mitad de su vida», sigue esperando un consuelo divino al que pueda unir esa «ansia suya que reclama/Una pausa de amor entre la fuga de las cosas», una voz divina que lo ayude a enfrentarse con su realidad y a salir de su «hondo desaliento», por eso invoca a Dios. Más Dios, que es el único consuelo del poeta «mi sed», «mi amor perdido», «mi vida trabajada», permanece inmóvil en su divino mundo ante el «murmullo» y súplicas del hombre.

Éste será pues el último fin que pretende transmitir Cernuda en su poema: Dios engaño, mentira, Dios que justifica y hace más llevadera la angustia existencial humana (el conflicto del hombre entre el deseo y la realidad).

Toda la poética de Cernuda se resume en una constante búsqueda de Dios. En el libro en el que Cernuda empieza su etapa de madurez encontramos este Dios que empieza a tomar referencias cristianas:

*Vi unos pies que marcaban la linde de la vida,
El borde de la túnica incolora
Plegada, resbalando
Hasta rozar las fosas, como un ala
Cuando al subir tras la luz incita.
Sentí de nuevo el sueño, la locura
Y el error de estar vivo,
Siendo carne doliente día a día.
Pero él me había llamado
Y en mí no estaba ya sino seguirle. (...)
Y recliné la frente sobre ella
Con asco de mi cuerpo y de mi alma.
Así pedí en silencio, como se pide
a Dios, por su nombre,
Más vasto que los templos, los mares, las estrellas,
Cabe en el desconsuelo del hombre que está solo,
Fuerza para llevar la vida nuevamente.
Así rogué, con lágrimas,
Fuerza para soportar mi ignorancia resignado,
Trabajando no por mi vida ni por mi espíritu,
Más por una verdad en aquellos ojos entrevista
Ahora. La hermosura es paciencia.
Sé que el lirio del campo,
Tras de su humilde oscuridad en tantas noches
Con larga espera bajo la tierra,*

*Del largo verde erguido a la corola alba
Irrumpe un día en gloria triunfante.¹²*

Lo que se destaca de los tres libros cernudianos surrealistas con respecto al tema de la divinidad, es un rechazo a ésta como un reflejo de un orden social establecido. Pero después de la evocación a los mitos greco-latinos y del acercamiento a las formas cristianas que encontramos en *Las Nubes* todavía el poeta llegará a gritar:

*Oh Dios. Tú que nos has hecho
Para morir, ¿Por qué nos infundiste
La sed de eternidad, que hace al poeta?
¿Puedes dejar así, siglo tras siglo,
Caer como vilanos que deshacen un soplo
Los hijos de la luz en la tiniebla avara?¹³*

Pero el poeta de *La realidad y el deseo* tiene que proyectar su afán de inmortalidad en algún mito, que esta vez será la naturaleza; de este modo escribe poemas como «El árbol», donde éste se representa como intemporal y libre del engaño mortal:

*Al lado de las aguas estás, como leyenda,
En un jardín murado y silencioso,
El árbol bello dos veces centenario,
Las poderosas ramas extendidas,
Cercos de tanta hierba, entrelazando hojas
Dosel donde una sombra edénica subsiste. (...)
Sueños septentrional que el sol casi no rompe,
Y hacia el estanque vienen rondas de mozos rubios:
Temblando, tantos cuerpos ligeros, queda el agua;
Vibrando, tantas voces timbradas, queda el aire.¹⁴*

Ninguna de las manifestaciones de los mitos cernudianos supieron apagar la sed del poeta, su conflicto existencial, puesto que todos estos dioses eran al igual que los hombres finitos, caducos y fugaces. Por eso, el poeta en estado de «Vivir sin estar viviendo» confiesa:

La consecuencia de ese vivir es que nada se interpone entre nosotros y la muerte desnudo horizonte vital; nada percibía delante sino la muerte. Afortunadamente el amor me salvó como otras tantas veces, con su ocupación absorbente y tiránica de tal situación.¹⁵

Amor, que es la única razón de la existencia, la única «lágrima que aviva la cosecha del poeta», su esperanza y su consuelo, único instante de felicidad, único momento por el cual merece la pena vivir, único instante que a la hora de la muerte justifica la existencia:

Al amor no hay que pedirle sino unos instantes, que en verdad equivalen a la eternidad, aquella eternidad profunda a que se refirió Nietzsche. ¿Puede esperarse más de él? ¿Es necesario más?¹⁶

¹² Cernuda, Luis. «Lázaro». *Las Nubes*. Madrid, Cátedra: 1990

¹³ Cernuda en «Las ruinas» de *Como quien espera el alba*.

¹⁴ Cernuda en «El árbol» de *Como quien espera el alba*.

¹⁵ Cernuda, Luis. «Historial de un libro». *Poesía y literatura I y II*. Barcelona, Seix Barral: 1975.

¹⁶ Cernuda, Luis. «Historial de un libro». *Poesía y literatura I y II*. Barcelona, Seix Barral: 1975.

Bibliografía

- Antología del grupo poético de 1927*. Madrid, Cátedra: 1990.
Cano, J. L. *La poesía de la generación del 27*. Guadarrama. 1970.
Cernuda, Luis. *Las Nubes*. Madrid, Cátedra: 1990.
Cernuda, Luis. «Historial de un libro». *Poesía y literatura I y II*. Barcelona, Seix Barral: 1975.
Cernuda, Luis. *Antología poética*. Barcelona, Plaza & Janes: 1978.
Delgado, Agustín. *La poética de Luis Cernuda*. Madrid, Nacional: 1975.
Gómez Canseco, Luis. «El poeta y los mitos. La religiosidad en *La realidad y el deseo*». *Mosaico de varia lección literaria*. Sevilla, servicio de publicaciones de la Universidad de Sevilla: 1992.
Jiménez Hernández, Emiliano. *¿Dios?! ¿Para qué?!* Bilbao, Biblioteca Catecumenal: 1991.
López, Palomeque y Álvarez de la Rosa. *Derecho del trabajo*. Madrid, Centro de Estudios Ramón Areces, S.A.: 1993.
Poesía lírica del Siglo de Oro. Madrid, Cátedra: 1991.
Unamuno, Miguel. *San Manuel Bueno, mártir*. Madrid, Cátedra: 1989.